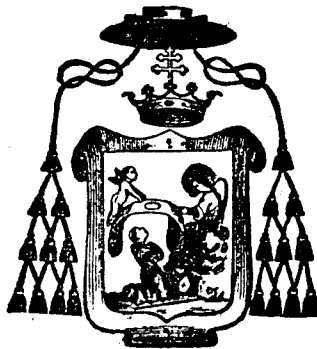


SE SUSCRIBE EN TOLEDO, LIBRERIA DE FANDO.

SE PUBLICA TOBOS LOS SÁBADOS.

Este Boletín está dedicado á la circulacion de las comunicaciones oficiales del Arzobispado y demas que convenga al interés del Clero.



Los señores eclesiásticos que no le reciban á tiempo, harán la reclamacion dentro del término de 20 dias, pasados los cuales no será atendida.

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

CARTA AL VIZCONDE DE LAGUERONNIERE, POR EL
OBISPO DE ORLEANS.

(Continuacion.) (1)

(Aquí, el Sr. Obispo, siguiendo la marcha ya indicada, hace ver, con documentos irrefragables, por una parte, que el Santo Padre nunca se ha negado á hacer reformas, y por otra, que los revolucionarios no han querido nunca que las hiciera, sino que han querido arrojarle de su sólio, apoderarse de Roma, acabar con su poder espiritual y temporal como lo dicen harto claramente las proclamas de Garibaldi y sus acólitos, que el Sr. Obispo con el mayor dolor transcribe. Despues continúa así:)

IV.

«La invasion de las provincias del Papa, dice el folleto, era en la miras del Piamonte, un abierto ataque á la reaccion, en Roma que era su centro.

Os engañais, señor consejero, de un modo completo y muy extraño. En un despacho del 18 de Octubre de 1860, Mr. de Thouvenel escribió á todos los agentes diplomáticos de Francia, que «S. M. le habia autorizado á decir exactamente lo que habia pasado en Chambéry entre él y los enviados del Piamonte, Farini y Cialdini.»

»... Garibaldi iba á seguir libremente su carrera á través de los Estados Romanos, y, *salvada esta última etapa*, era totalmente imposible impedir un ataque contra el Véneto. El Gabinete de Turin solo veia un medio de evitar esa even-

tualidad, y ese medio estaba reducido á que, tan pronto como la aproximacion de Garibaldi produjera desórdenes en las Marcas y en la Umbria, entrara en ellas el Piamonte para restablecer el orden, SIN TOCAR Á LA AUTORIDAD DEL PAPA, y dar, si era necesario, una *batalla á la Revolucion en el territorio napolitano*, dejando despues á un Congreso el cuidado de fijar la suerte de Italia...»

Hé aquí, Sr. Vizconde, la version oficial, que es muy diferente de la vuestra.

Pero, ¿cómo, os lo pregunto con la mejor buena fé, la Francia, que tiene tanto interés en conservar en Roma al Jefe de la Religion, la Francia, que tanto ha hecho para colocarle allí, la Francia, que le está sosteniendo allí; la Francia, digo, se ha podido dejar persuadir que un General Garibaldi, el mismo á quien ella arrojó de Roma, iba á caer sobre Roma y salvar *esa etapa*, donde estamos nosotros, donde flota nuestra bandera, donde están formadas nuestras tropas? Ante ese temor, la Francia ha bajado su espada, y ha autorizado á Cialdini á pasar la frontera. ¿Creeis, Sr. Vizconde, que Garibaldi es un gigante, y que con un paso, con un golpe que diera, podia tomar á Roma á pesar de la Francia, y pasar el Mincio á pesar del Austria?

Perdonadme que para contestar á esto me vea obligado á descender hasta emplear una palabra que no es episcopal ni politica, que es familiar y dura, pero que expresa perfectamente mi pensamiento: *hemos sido victimas, hemos sido engañados.*

(1) Véase el núm. 10 del presente año.

Si; víctimas, y engañados dos veces: engañados sobre la fuerza de Garibaldi, engañados sobre las intenciones del Piamonte. Véanse en prueba los resultados, véanse los hechos.

Garibaldi ni siquiera podía pasar el Garellano. Si los piamonteses no hubieran cojido por detrás al ejército del Rey, si el Embajador de Cerdeña no hubiera lanzado sus batallones de bersaglieri, Garibaldi estaba perdido, rechazado á las Calabrias, tratado acaso muy pronto como un pirata.

No es eso todo. En vez de dar una batalla á la Revolucion sobre el territorio napolitano, los piamonteses asesinaron á los defensores del Papa en su propio territorio, y arrojaron sus batallones, reunidos largo tiempo hacia, sobre un puñado de franceses, belgas, italianos é irlandeses.

Hablais con mucha ligereza, Sr. Vizconde, de esa jornada heroica, en la que la sangre francesa ha enrojecido la Italia derramada por mano de nuestros aliados. No volveré á contar esa lamentable historia. Pero ¿sabeis el servicio que nos ha hecho esa batalla? No solamente ha demostrado una vez más lo que vale la sangre francesa, sino que ha venido á dar su verdadero carácter á las empresas de los piamonteses. Sí; desde Castelfidardo, desde Ancona hasta Gaeta, lo que se adornaba con el nombre pomposo de *movimiento nacional*, ha tenido que tomar su verdadero nombre: es la conquista, es la invasion. Echad la cuenta de las bombas y la de los sufragios: el Piamonte ha lanzado mas bombas que votos ha recojido.

Pero ¿sabeis qué es lo que más nos admira? Es que vos, que teneis tan gran gusto, un gusto tan generoso en aludir á los despachos de Grammont y acusar al Papa y á los católicos, no tengais ni una palabra de indignacion para los horrores de la invasion piamontesa. Digo los horrores: no hallo otra palabra para expresar friamente mi idea.

Porque, en efecto, ¿qué es lo que hemos visto?

Esas intimaciones hechas al Santo Padre para que desarmase á sus defensores, en el momento mismo en que los que iban á invadir su territorio llamaban á sus pueblos á las armas;

Esa cobarde agresion, sin declaracion de guerra, enviando el *ultimatum* despues de haberse verificado la invasion;

Esa trasformacion del derecho mas sencillo de un Soberano, porque se defiende se dice insulta al sentimiento nacional;

Esos pretextos de tropas extranjeras, cuando los que se quejan de ello tienen legiones húngaras, inglesas y polacas bajo sus banderas; esas consecuencias de sublevaciones que se han excitado y de represiones que se han provocado;

Esas proclamas, que añaden á los más groseros ultrajes órdenes de esterminio;

Esas palabras de *miserables*, de *sicarios ávidos de oro y pillaje*, arrojadas sobre soldados franceses;

Un Rey y su primer Ministro que hablan de *las hordas pontificias mandadas por ese Lamoriciere*;

Esos ataques, por sorpresa, de un pequeño ejército, por un ejército diez veces superior en número;

Esos boletines de victorias en que Cialdini se atreve á escribir que *habia hecho huir á Lamoriciere*;

Esos insultos á los prisioneros franceses, arastrados á través de las ciudades italianas;

Esas doce horas de bombardeo, con desprecio de todas las leyes de la guerra y del honor, de una plaza que capitula, y á la que no protege la bandera parlamentaria;

Esa invasion en plena paz de un reino aliado: esos embarques en pleno dia; esos enganches en todas las ciudades;

Esa comedia diplomática de un Ministro que, en tanto que el éxito es dudoso, niega cínicamente su complicidad;

Ese desembarco de Garibaldi, protegido por los buques ingleses;

Ese fusilamiento de los ciudadanos de Milazzo, para dar «un ejemplo saludable»;

Esa proclamacion de la ley agraria, esa particion de los bienes comunales *entre las víctimas y los combatientes de la antigua tiranía*;

Esos 1,500 presidiarios de Castellamare puestos en libertad bajo *su palabra de honor*;

Ese decreto, aún subsistente, que proclama *sagrada* la memoria del asesino Milano;

Todas esas *atrocidades*, en fin, como se ha dicho aun en el mismo Parlamento inglés, y ese asqueroso espectáculo de anarquía y de crímenes.

Y en los Estados napolitanos, ese jóven Rey que tiende vanamente al Rey del Piamonte una mano leal;

Que pide á los Reyes de Europa, cuyo honor él solo sostiene, socorros, y no recibe de ellos sino consejos, y más tarde no sé qué grandes cordones;

Que dá una amnistía y las mas amplias ins-

tituciones, y levanta la bandera italiana; pero ve á su alrededor en todas partes á la traicion piamontesa: en la flota, en el ejército, en el ministerio que se le ha señalado, y hasta en su familia;

Un tío que le acusa ante la Italia;

Un Nunciante que se pasa al enemigo y propone á los soldados la desercion;

Un Liborio Romano, esa rara figura de traidor, que acepta de Francisco II el ministerio del Interior, para organizar en él todas las traiciones; que proclama á Francisco II «su augusto señor,» y poco despues dirige mensajes al «invencible Garibaldi, redentor de la Italia,» y merece y recibe de la mano de Garibaldi, con la espada de honor que le convenia, la misma cartera que le dió Francisco;

Y ese socorro dado á Garibaldi el invencible, batido sobre el Vultureo.

Y en el momento en que, desengañado de su confianza y dueño de su valor, el jóven Rey de Nápoles va resueltamente á combatir á las tropas de la Revolucion, verse al mismo Rey piamontés, sin declaración de guerra, y en tanto que en las dos córtes estaban aun acreditados sus ministros respectivamente, acudir en auxilio de Garibaldi, sustituyendo, en fin, á la complicidad tácita la audacia de la confraternidad de armas, hollando el derecho público, que ya no protege nada;

Ver esa entrevista del revolucionario y del Rey que le tiende la mano y le dice: ¡Gracias! él, que en el dia del peligro le negó delante de la Europa;

Ver la entrada en Nápoles, ea el mismo coche, de ese Rey y de ese pirata;

Ver esa votacion en las tres urnas bajo la presión de las bayonetas y del puñal;

Y el estado de sitio en todas las provincias, á fin de que constára bien la unanimidad de los sufragios;

Y todo movimiento contra el movimiento piamontés castigado de muerte;

Y el grito de ¡viva Francisco II! castigado de muerte;

Y los soldados de Francisco II, únicamente por permanecer fieles á su Rey, castigados de muerte;

Y las columnas piamontesas lanzadas en todos sentidos por el país, para llevar el terror y la muerte;

Y los espantosos desórdenes de todos los dias;

Y á Cialdini ordenando que se fusilara sin

piEDAD á los paisanos, porque permanecian fieles á su Príncipe, al Papa, á su religion, á su país;

Y ese Pinelli, aun mas salvaje, que dice que es preciso *anonadar al vampiro sacerdotal....* Sed inexorables como el destino.... Contra tales enemigos es un crimen la PIEDAD;

Y por consecuencia, espantosos fusilamientos;

De Sacerdotes, de magistrados, de mugeres, de niños;

Con los fusilamientos, los bombardeos;

Despues del bombardeo de Ancona, el de Cápua, y despues el de Gaeta, uno de los mas espantosos de que hace mencion la historia de los sitios, dirigiéndose las bombas sobre los hospitales y las iglesias;

Ademas, los oficiales de la antigua marina de Nápoles, llevados ante un consejo de guerra, porque, por un resto de honor, se niegan á bombardear á su Rey y á su jóven Reina;

Por último, la traicion que pone fin á esos horrores y á una heroica defensa por la explosion de los polvorines:

Hé aquí, Sr. Vizconde, una muestra de las atrocidades que han pasado á nuestra vista; y contad que no he dicho todo, ni puedo decirlo todo.

Y, sin embargo, vos, tan severo con el Papa y sus defensores, ¿no teneis una sola palabra para condenar esto!

Sufrid que os lo pregunte:

¿Es por esos actos por los que el Piamonte, algo mas rebelde que el Papa á nuestros consejos, ha merecido tanta proteccion de la Francia?

¿Le debíamos, acaso, tanta impunidad?

Un hombre que tiene algun derecho á la admiracion de M. de Laguerronniere, M. de Lamartine, exclamaba recientemente, con una elocuencia nacida del fondo de su razon y de su conciencia conmovidas:

«¿Debíamos al Piamonte el sacrificio de todo lo que ha constituido hasta hoy, entre las naciones civilizadas, lo que se llama el derecho público, el derecho de gentes, el respeto de los tratados, la santidad de los limites, la legitimidad de las posesiones tradicionales, la inviolabilidad de los pueblos? ¿Le debíamos el derecho excepcional de invasion en todas las provincias neutrales y en todas las capitales á que sus ambiciosos caprichos lo llevan, en nombre de una pretendida nacionalidad que el Piamonte invoca para sí, pisoteándola cuando se trata de los demás?

» ¿Debíamos al Piamonte el desbordamiento,

sin título, de sus bayonetas en todos los Principados que le convenia de Italia setentrional?

»¿Debíamos al Piamonte la invasion inopinada de cien mil piamonteses en los Estados del Papa, con el cual no estaba en guerra, y en tanto que nuestras tropas, por su presencia en Roma, parecian deber garantir, al menos, la inviolabilidad de hecho el territorio? ¿Ha sido nunca la bandera francesa insultada con la mayor irreverencia, no digo por enemigos, sino por aliados nuestros, á quienes habíamos hechos servicios tan brillantes como Magenta y Solferino?

«¿Debíamos al Piamonte el desembarco escandaloso de un ejército piamontés en Sicilia, en tanto que sus embajadores aseguraban al Rey de Nápoles su respeto hácia sus Estados, y que los embajadores de Nápoles llevaban á Tori una Constitución fraternal, en prenda de paz y de alianza?

»¿Dibíamos, en fin, al Rey del Piamonte el derecho impune de ir á la cabeza de un ejército: perseguir, sitiar y bombardear á un joven Rey á quien su edad no habia permitido cometer faltas que excitaran la animadversion de sus enemigos ó el juicio de su pueblo? Ese derecho de las bombas y de las balas sobre la cabeza de Reyes, de mujeres, de niños, ¿ha llegado á ser por ventura el derecho de los Reyes de la misma familia? ¿Es esa la fraternidad de los Tronos de un Rey que quiere universalizar la monarquía?

»No, no debíamos nada de esto al Piamonte, aún cuando para legitimar sus enormidades monárquicas esté sirviéndose del bello pretexto de llevar la libertad á los pueblos...

«¿Y qué diplomacia, excepto de la diplomacia inglesa, puede obligar á la Francia á ratificar tales atrevimientos contra el derecho de los pueblos?...»

V.

Tal es la triste historia de los dolores del Papa y de los acontecimientos de Italia. Hemos entrado en ese país para arrojar de él á los austriacos, hemos dejado á la Revolucion que tome en ella el vuelo, y ha derribado lo mismo á los Soberanos que han hecho concesiones que á los que no las han hecho, queriendo, no que los Soberanos se reformen, sino que se retiren, á fin de elevar sobre las ruinas de sus casas á la Casa de Saboya, que la ha servido de instrumento.

A todo respondeis: «¿Cómo se quiere que la Francia se hiciera contraria de la Italia, á la que acaba de libertar? ¿Podria hacer la guerra contra ella, despues de haberla hecho por ella?»

La respuesta á esto es fácil, y por de pronto me choca esta coincidencia. ¿Por qué entró la Francia en Italia? Porque el Austria, que no nos habia prometido nada, invadió el territorio del Piamonte, nuestro aliado. Cuando el Piamonte ha invadido, despues de prometernos lo contrario, el territorio del Papa, de quien somos mas que aliados: ¿por qué nos hemos mostrado menos sensibles?

Pero la guerra era inútil; tenemos mejor idea del ascendiente del Gobierno que vos, señor consejero.

Con una palabra neta y firme hubiera bastado: nadie duda de ello, nadie puede dudar.

Para legitimar su invasion, Cialdini se ha visto obligado á decir que estaba autorizado á hacerla por nosotros: nosotros impedimos ahora á Garibaldi arrojarse sobre el Véneto. El Gobierno del Emperador ha declarado que se incomodaria con el Piamonte si atacaba al Austria. El Piamonte ha escuchado la advertencia, y se ha callado. ¿Es acaso Cialdini mas difícil de contener que Garibaldi?

Se necesitaba que se pronunciara esa palabra: pero se ha pronunciado otra; y no es necesario ser un profundo político para explicarse, sin trabajo, la palabra que da la clave de la tranquila audacia del Piamonte.

Le aseguramos á este la impunidad con la palabra *no-intervencion*. Tanto valia eso como impedir á las gentes honradas de Europa que se opusieran á las empresas del Piamonte; tanto como decirle al oido: Hagais lo que hagais, os censuraré acaso, pero no se os pondrá obstáculo alguno.

Justo hubiera sido, al menos, al proclamar al día siguiente de Villafranca la no intervencion, imponérsela á todo el mundo.

.....

A pesar de vuestro folleto, no habeis dicho todo. La Francia, que seguramente ha amado mas al Piamonte que al Papa, puede defender todavia al Papa. ¿Lo quiere?

Decidnoslo: rasgad el velo que cubre vuestras últimas palabras; descubrid ese misterio *inconveniente*; salid de esas frases anfibológicas y de esa situacion equívoca, poco digna de vos.

(Se concluirá.)

Editor, D. Severiano Lopez Fando.

TOLEDO:—1861.

IMPRESA DEL MISMO, ANCHA 31, Y NUNCIO VIEJO 11.